

056. Unas obras geniales

Para hablar hoy del *hombre* como de la obra suprema salida de la mano del Creador, nos vamos a servir de algunos hechos de nuestros días que nos llegaron a impresionar a todos.

No nos resultará muy difícil el recordar vivamente aquellos actos vandálicos, salvajes, que se cometieron con obras maestras del arte universal.

Aquel bárbaro mutiló un día La Pietà, del Vaticano. Otro, destrozó el pie de David, en Florencia. Uno más, arrojó ácido sulfúrico contra un cuadro de Rafael, también en el Vaticano.

Estos actos de salvajismo nos enfurecieron a todos.

Por el contrario, hubo otros hechos que causaron admiración y arrancaron el aplauso del mundo.

Primero, la restauración de estas mismas obras mutiladas. La técnica moderna no se paró en barras, y logró dejarlas bellas como antes.

Y también, cómo fueron vueltas a su original esplendor las pinturas de la Capilla Sixtina del Vaticano y el cuadro de las Meninas en el Museo del Prado. Esas restauraciones nos enorgullecen a todos, porque salvan y enaltecen unas obras que son patrimonio de toda la Humanidad.

Pero, como siempre, al pensar en empresas semejantes, dignas de todo elogio, nuestro pensamiento cambia de dirección, se encamina a otros mundos, y se mete en otras realidades muy superiores.

Al hablar de imágenes y cuadros, y discurriendo en cristiano, sabemos plantarnos en el paraíso y en el Calvario, para contemplar otras imágenes y otros cuadros muy superiores en arte y en valor.

El paraíso nos presenta la imagen salida directamente de la mano de Dios, como nos dice la Biblia:

- *Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. A su imagen los creó, y los creó varón y hembra.*

¿Nos empeñaremos en buscar una imagen más bella que el hombre y la mujer? Es un empeño inútil. No la busquemos, porque no la encontraremos.

El hombre, un solo hombre, una sola mujer, vale más que todas las esculturas extraídas del mármol por el cincel de un genio.

Por lo mismo, ¿puede el hombre destruirse a sí mismo con el vicio que sea?... ¿Pueden los demás despreciar, explotar, abandonar, mutilar, destruir —sea del modo que sea— semejante obra de Dios?...

Los Derechos Humanos se fundan, en definitiva, en que el hombre es imagen viviente de Dios.

Del paraíso terrenal nos trasladamos al Calvario. ¿Y qué vemos? Una bonita leyenda, que ha fomentado mucho la piedad popular, nos presenta a una mujer, con el nombre de Verónica, llevándose consigo estampada en un lienzo, pero mucho más en su alma, la imagen de Cristo, que chorrea sangre por nuestra salvación.

Será esto una leyenda, si queremos, sin ninguna referencia en los Evangelios.

Pero, historia o leyenda bonita, eso de la Verónica es expresión viva de una de las realidades cristianas más profundas.

La obra deshecha de Adán, queda rehecha del modo más admirable por Jesucristo crucificado. Jesucristo paga por el hombre pecador, y ahora, purificado por la Sangre redentora, el hombre aparece ante los ojos divinos con la misma belleza de Cristo Resucitado.

Por lo mismo también, ¿puede el hombre borrar en sí la imagen de Jesucristo, para volver a ostentar la fealdad repugnante del viejo Adán, el pecador?...

¿Pueden los demás fomentar todo eso que lleva al hombre a perder la belleza del Cristo que encierra dentro de sí?...

¿Qué decir del fomento de la prostitución de la mujer y del niño, o de cualquier otro incentivo al mal, con el que echan a perder la hermosura divina en las almas?...

¿Qué pensar especialmente del aborto, con el que se destruye la imagen del hombre apenas empezada a plasmar, y mancha con la culpa a los autores del crimen?...

En esto del aborto, nos podemos figurar cómo se pone Dios delante del lienzo, pincel en mano, ilusionado con pintar una obra maestra, y, apenas sentado en el taburete y mientras va trazando las primeras líneas, viene un descarado, le arrebató el pincel, esparce la pintura por el suelo, y rasga en cuatro pedazos inútiles el lienzo recién empezado... La obra hubiera resultado un cuadro genial, pero ese cuadro no lo contemplaremos jamás...

Dejamos las comparaciones, pues todas nos dicen lo mismo: vemos cómo todo se reduce a destruir, deformar, echar a perder esa imagen de Dios, que es el hombre, y la estampa de Jesús, que es el cristiano...

Y todo nuestro trabajo se reduce también a reparar la imagen mutilada. Todo se dirige a quitar el humo, el hollín y el polvo que encubren y matan los colores vivos con que Jesucristo se plasmó en el alma cristiana. Esto es lo que hacemos con el trabajo por los demás, con el apostolado y la oración.

Como hombres y como cristianos, somos obra doblemente genial del Artista Supremo. En esta obra —en nosotros, hombres y cristianos— no caben ni mutilaciones ni desgastes, sino defensas extremas y cuidados exquisitos para nuestra conservación eterna.

¿Escultura bella como el hombre y la mujer? Ninguna... ¿Cuadro deslumbrante como el cristiano? Ninguno... Para semejantes obras de arte, todos los cuidados y defensas que pongamos son pocos...